

Los métodos en debate: la marca de los dualismos en la geografía feminista

Silvina Quintero

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras
Instituto de Geografía
Puán, 470, 3°. 1406 Buenos Aires (Argentina)
squinter@filo.uba.ar

Data de recepció: setembre 1998
Data d'acceptació: setembre 1999

Resumen

Este trabajo se propone recuperar algunos aspectos del debate metodológico que está emergiendo en el campo de la geografía de género/feminista, para rastrear en él las pistas de un debate teórico y epistemológico notablemente relegado: el de los usos de las categorías de sexo y género como instrumentos conceptuales que plantean nuevos puntos de vista para abordar las relaciones sociales y las construcciones culturales. Al dibujar los trazos dominantes del debate metodológico, se intenta a su vez volcar sobre las autoras/actrices las herramientas de sus propias políticas discursivas, proponiendo una mirada de género sobre los modos de estructuración de las posiciones académicas en el campo de la geografía profesional.

Palabras clave: dualismo metodológico, políticas discursivas, género, sexualidad, feminismo.

Resum. *Els mètodes a debat: la marca dels dualismes en la geografia feminista*

Aquest treball es proposa recuperar alguns aspectes del debat metodològic que està emergint en el camp de la geografia del gènere/feminista, per tal de trobar-hi les pistes d'un debat teòric i epistemològic força relegat: el dels usos de les categories de sexe i gènere com instruments conceptuals que plantegen nous punts de vista per tal d'afrontar les relacions socials i les construccions culturals. En dibuixar els trets dominants del debat metodològic, s'intenta alhora volcar sobre les autores/actrius les eines de les seves pròpies polítiques discursives, proposant una mirada de gènere sobre els modes d'estructuració de les posicions acadèmiques en el camp de la geografia professional.

Paraules clau: dualisme metodològic, polítiques discursives, gènere, sexualitat, feminisme.

Resumé. *Les méthodes en débat: la marque des dualismes dans la géographie féministe*

Ce travail se propose de reprendre certains aspects du débat méthodologique qui émerge dans le domaine de la géographie féministe, pour y suivre les pistes d'une discussion théorique et épistémologique notablement reléguée: celle de l'utilisation des catégories de sexe et de genre comme instruments conceptuels qui établissent de nouveaux points de vue pour aborder les constructions sociales et les constructions culturelles. En retraçant les traits dominants du débat méthodologique, on tentera de retourner contre les femmes

auteurs/actrices les outils de leurs propres politiques discursives, en proposant un regard féministe sur les modes de structuration des positions académiques dans le domaine de la géographie professionnelle.

Mots clé: géographie féministe, genre, sexe, méthodologie.

Abstract. *Methods in debate: the imprint of dualisms in feminist geography*

The goal of this article is to show some aspects of an emerging methodological debate that is taking place in the geography of gender and in feminist geography: the different uses of sex and gender as conceptual tools that present a new point of view to analyse social relations and cultural constructions. The main trends of the methodological debate give to the authors/actress the possibilities for their own discourses, proposing a gendered view on the way that academic positions come into professional geography.

Key words: methodological dualism, discourse, gender, sexuality, feminism.

Sumario

Introducción

Al abordar una revisión sobre los estudios de género y feministas en el campo de la geografía, no parece innecesario recordar que fueron los «estudios sobre las mujeres» los que incorporaron el problema de la asimetría de las relaciones sociales entre los sexos en la agenda de investigaciones. Como en otros campos de los estudios sociales, su principal mérito consistió en «colocar a las mujeres en el mapa» de la investigación geográfica, otorgando visibilidad a esa «mitad del género humano» olvidada, ausente de toda problematización hasta la década de 1970 (Monk y Hanson, 1982). Esta «geografía de las mujeres», hecha sobre y por las mujeres, comenzó a construir registros básicos para documentar —y con ello inscribir— su presencia en las diversas esferas de la sociedad contemporánea. El itinerario posterior de la geografía feminista no hizo más que acompañar el movimiento intelectual y político anglosajón, que asumió la construcción de una perspectiva feminista como un imperativo político: se trataba de romper, en una complicada operación de desmontaje, viejas categorías naturalizadas por la tradición occidental, empezando por la misma «ahistórica categoría de “mujer” (y su concomitante “hombre”)» (Mackenzie, 1989: 43).

En el marco de los debates feministas, la construcción de la categoría de género emergió como clave de un replanteamiento radical en el abordaje de las relaciones sociales pasadas y contemporáneas. Por esta razón, una de las geógrafas

pioneras en la introducción de la perspectiva feminista en la disciplina, se apresuraba a aclarar en 1989: «La geografía feminista, como el feminismo en su conjunto, no trata “sólo” acerca de mujeres. Trata acerca de los procesos sociales y ambientales en los cuales **los dos géneros —mujeres y hombres—**, que constituyen juntos la categoría “humano”, se reproducen y cambian [...] La categoría “humano” [...] incluye las actividades de los dos géneros» (Mackenzie, 1989: 43; los destacados son míos).

La elección de la cita es deliberada; porque aún cuando no sea extensible a toda la producción feminista en geografía, una gran parte de las geógrafas feministas parece tolerar una sinonimia poco rigurosa entre «mujer», «femenino» y «género», sobreprotegida por la asunción apresurada de un consenso cognitivo entre las geógrafas feministas (sí no entre todas las mujeres). El soslayamiento de esta identificación entre género y sexo está obstaculizando, a mi entender, el desarrollo de lo que podría constituirse en un fructífero debate al interior del campo «feminista», que problematice el alcance y el sentido del uso de la categoría de lo femenino, así como la validez de esta categoría como hilo conductor para la interrogación de las relaciones sociales contemporáneas, «sea bajo la forma de un femenino que atraviesa la frontera de los grupos sexuados o bajo la forma de un femenino ligado al grupo sexuado de las mujeres» (Collins, 1992: 7).

Este debate todavía pendiente está emergiendo en una zona de cruces entre diversos ejes temáticos de la investigación feminista en geografía, la de las estrategias metodológicas. Y quizás uno de los motivos de que la polémica en torno al uso de la categoría de lo femenino por las mujeres feministas emerja en este lugar, se deba a que en el debate metodológico también pueden leerse los rastros de una historia de discriminaciones marcada por la devaluación y el sometimiento de lo femenino. Anclada en una tradición donde todavía perdura un sexismo simbólico trasladado a las técnicas, la polémica metodológica suma así su propio dualismo, al articular la investigación cuantitativa con los atributos de lo masculino, y la investigación cualitativa con los atributos de lo femenino.

En este trabajo me propongo recuperar algunos aspectos del debate metodológico que está emergiendo en el campo de la geografía de género/feminista, para rastrear en él las pistas del debate teórico y epistemológico relegado que más me interesa: el de los usos de las categorías de sexo y género como instrumentos conceptuales que plantean nuevos puntos de vista para abordar las relaciones sociales y las construcciones culturales. Al dibujar los trazos dominantes del debate metodológico, intentaré a su vez volcar sobre las autoras/actrices las herramientas de sus propias políticas discursivas, proponiendo una mirada de género sobre los modos de estructuración de las posiciones académicas en el campo de la geografía profesional.

¿«Geografía feminista» o perspectiva de género en geografía? Un objeto teórico en construcción

Desde hace ya varios años existe un marcado consenso en la geografía feminista acerca del hecho que la consideración de «la estructura de género de la

sociedad» requiere mucho más que documentar estadísticamente la participación numérica de las mujeres en el mundo del trabajo: supone considerar las «diferencias originadas social y culturalmente entre lo femenino y lo masculino» en contextos histórica y geográficamente particularizados (García Ramón, 1989: 29). La perspectiva de género llevó así sus consecuencias más allá de la crítica a las relaciones hombre-mujer: reconoció en la «masculinidad» y la «feminidad» construcciones culturales que no sólo se imputan a las personas en razón de su sexo, sino que también operan para marcar simbólicamente los comportamientos, los objetos, los valores, las formas de ocio y de placer, los modos de mirar el mundo y de actuar en él. El género divide y estigmatiza cada segmento del mundo social. Las asociaciones tradicionales de lo femenino con lo subjetivo y afectivo, y de lo masculino con lo racional y objetivo, constituyen sólo un ejemplo de las marcas de género que han atravesado la cultura moderna occidental (Fox Keller, 1994: 145).

Los estudios geográficos inspirados en la perspectiva de género empezaron a proponer relecturas del espacio urbano y rural, que se proponían contestar las interpretaciones estereotipadas de lo femenino y lo masculino en las marcas del paisaje. Liz Bondi (1992) realiza una revisión crítica de esta literatura, cuestionando las relaciones lineales que varios de esos trabajos asumían entre la reformulación de identidades de género y la transformación del ambiente construido. La clave de su reflexión radica en alertar(se) sobre el origen patriarcal de nuestras representaciones de «mujer» y «feminidad» que conduce a contestar las interpretaciones tradicionales de lo femenino con una nueva versión de «feminidad esencial», cuya elucidación sería la misión del feminismo comprometido. En su lugar, propone un desmenuzamiento cuidadoso de los «aspectos simbólicos y sociológicos del género, antes que asumir correspondencias directas» entre «dicotomías paralelas».

El argumento de Bondi ya implica una discriminación conceptual deliberada entre las categorías de género y sexo: por un lado, ella afirma que «las versiones profesionales y corrientes sobre el tratamiento simbólico del género y las formas arquitectónicas, involucran una interpretación biológica esencialista de las diferencias: [...] la masculinidad es reconocida en lo que es grande, sólido y poderoso, y en lo que es lineal y vertical, mientras que lo delicado y lo abovedado y todo lo curvo es codificado como femenino» (Bondi, 1992: 158-159). Por otro lado, señala que aún cuando las feministas vengán desafiando esta interpretación, su estrategia ha sido muchas veces «reducir el simbolismo de género a una expresión no problemática de los intereses patriarcales», y asumir que «las experiencias de las mujeres proveen la fuente de las representaciones correctas de la feminidad» (Bondi, 1992: 162).

Encuentro que esta crítica es extensible a un gran sector de la geografía feminista, y que ello evita considerar los conflictos que derivan de compromisos fluctuantes entre intereses e identidades de clase y de género, cuya articulación con las transformaciones del medio ambiente construido no siempre tiene resultados «progresistas» (Bondi, 1992: 159). La distinción conceptual entre género y sexo resulta fundamental para abordar las relaciones sociales como procesos

que involucran tanto relaciones diversas entre los sexos, como producción de representaciones y prácticas en relación con las culturas de género en diversas sociedades. Esta distinción conceptual aparece confusa en gran parte de los planteos que se dicen «feministas»: como en el pasaje de Mackenzie citado en la introducción, la identificación entre femenino/mujer y masculino/hombre sigue filtrándose en gran parte de la investigación geográfica, incluso si se acepta el carácter absolutamente construido de las categorías culturales de género.

Tomo algunos ejemplos que me parecen paradigmáticos en cuanto a los efectos que produce una tenue discriminación conceptual entre las categorías de género y sexo.

Cuando Dina Vaiou (1992) aborda las relaciones entre lugar y trabajo en el caso de «las mujeres en Atenas», la autora expresa su propósito de «identificar [...] las condiciones conflictivas y las experiencias de trabajo [...] que forman el contexto de la vida cotidiana en las mujeres y el campo de su lucha por redefinir las relaciones de género» (p. 124), y luego habla de «división del trabajo según el tiempo y el género» (p. 126) y de «composición sectorial y de género de la fuerza de trabajo» (p. 130), todas son expresiones que designan las relaciones desiguales entre hombres y mujeres en la organización del trabajo doméstico. La sinonimia entre género y sexo a lo largo del análisis, provoca asunciones inesperadas respecto a la imputación de femenino al trabajo doméstico («la división del trabajo por género en el hogar [...] condiciona la vida diaria de las mujeres», p. 139), donde resulta difícil distinguir entre la perspectiva de los actores y la de la autora al respecto de este punto («lo que sí resulta evidente es que la entrada en el mercado de trabajo acumula una carga más a la mujer, puesto que el trabajo doméstico sigue siendo “trabajo de mujeres” y supone bastante más que el mero mantenimiento de la casa», p. 136). Al mismo tiempo, impide profundizar en el modo como los mandatos culturales de género asumidos por hombres y mujeres potencian una relación desigual entre sexos, así como los modos en que la producción de estadísticas oficiales se apoyan, reproduciéndola, en una cultura de los géneros para construir información sobre trabajo de hombres y mujeres, tema que la autora señala pero no desarrolla (p. 131-132).

Los estudios reseñados en el trabajo de Monk y Hanson (1989) orientados a «mostrar la diversidad de respuestas de las mujeres según su clase, grupo étnico y edad» en la construcción de la identidad con el lugar (Monk y Hanson, 1989: 36), constituyen otro caso interesante del modo como desde ciertas perspectivas feministas una investigación de género se identifica con una investigación de mujeres sobre mujeres: todos ellos documentan aspectos de la vida social de las mujeres como grupo social e indagan las diferencias registradas entre subgrupos diferenciados por clase, lugar, etnia, raza o edad; pero no se proponen encontrar en ellas las marcas de género y las formas en que ellas construyen como femininas ciertas representaciones o experiencias, ni tampoco el modo como intervienen en esa construcción sus imágenes de lo masculino, y las imágenes de lo femenino que circulan entre los hombres con las que esas mujeres interactúan en sus vidas cotidianas. De esta forma, es muy fácil que las características específicas imputadas al «modo femenino» de cons-

truir la identidad con los lugares, aparezcan naturalizadas como derivadas de una feminidad esencializada en el «ser mujer», aunque ésta no sea la intención ni la opinión de las autoras.

La confusión conceptual entre género y sexo parece todavía difícil de saltar, en la medida que incluso estudios que la asumen explícitamente terminan identificando uno con el otro y utilizándolos retóricamente como sinónimos. La llamada de atención que intenta Dyck (1993) sobre los problemas específicos de reflexividad en la investigación feminista es más que elocuente al respecto de esta confusión. Dyck traduce esta problematicidad invitando a considerar «cómo el género del/la investigador/a es crucial en el acto de investigación» (Dyck, 1993: 54); con ello identifica el sexo del/la investigador/a con su identidad de género, confusión que precisamente denota una escasa actitud de alerta reflexiva en la autora sobre los modos de construir la identidad de género en mujeres distintas a ella misma. Este aspecto es, en cambio, señalado agudamente por Melissa Gilbert en sus comentarios basados en su experiencia de campo con mujeres afroamericanas: «Yo esperaba que estas mujeres tuvieran políticas de género muy tradicionales, y en cierta manera las tenían. Pero no estaba preparada para *su* feminismo, a pesar de que ellas no eligieran definirse a sí mismas de tal forma [...]. Esto ilustra que [...] grupos diferentes de mujeres pueden definir el feminismo de muchas maneras diferentes» (Gilbert, 1994: 92-93).

Muchas recomendaciones se hacen oír para criticar el estatuto de «mujer» como categoría universal y reconocer las inscripciones de raza, clase, edad y nacionalidad en la diversidad de experiencias y significados entre mujeres, es decir, reconocer que la diferencia también opera entre mujeres (Sanders, 1990; Kobayashi, 1992; McDowell, 1992a: 404). Sin embargo, aún cuando se advierte que «la geografía feminista es un campo diverso y multifacético y que sus practicantes trabajan desde una variedad de perspectivas epistemológicas, políticas y metodológicas» (Mattingly y Falconer-Al-Hindi, 1995: 429), la cuestión de cómo distintas mujeres —y hombres— construyen su identidad de género de manera compleja y articulada con otras identidades —de clase, raza, grupo, etc.— y según sus contextos de acción histórica y geográficamente situados, aparece todavía más como una declamación que como un supuesto rector en las investigaciones feministas. Por el contrario, prevalece todavía una consideración lineal en esta relación, que a mi entender se expresa significativamente en el mantenimiento de la sinonimia entre género y mujer en muchos estudios de geografía feminista, y que, como iré desarrollando a lo largo del trabajo, conduce a una ratificación de los dualismos que el feminismo ha denunciado antes que a su reformulación. Precisamente, es en el seno de los debates metodológicos donde esta paradoja parece acentuarse, y estalla provocando alineamientos que en seguida pasaremos a analizar.

La pregunta sobre el método como marca de identidad

La pregunta que Doreen Mattingly y Karen Falconer-Al-Hindi leen en gran cantidad de trabajos informados en la perspectiva de género: «¿Qué métodos

son apropiados para la investigación feminista?», supone una afirmación anterior, a saber, que la investigación feminista reconoce métodos apropiados o inapropiados; en otras palabras, que existiría una atadura epistemológica entre una teorización de lo social y un modo particular de abordar sus objetos.

La polémica gira en torno a varios ejes, y tiene una historia que debe ser atendida para comprender los sentidos que constituyen el debate. En un primer momento, la tarea de tornar visible la presencia de las mujeres en la producción de lo social obligó a jugar con la cuantificación para provocar una atención en las audiencias mayoritariamente masculinas —o masculinizadas— del mundo académico de los tempranos setenta (Mattingly y Falconer-Al-Hindi, 1995: 429). Éste es el tipo de «investigación feminista empíricista» que Harding (1987) identifica con una etapa en su narración de la historia del pensamiento feminista. Aquellas investigaciones basadas en técnicas cuantitativas no se proponían una crítica teórica y epistemológica a los supuestos dominantes en la investigación científica, sino la elaboración de diagnósticos estadísticos contundentes para señalar la pertinencia de constituir en objeto de investigación a las mujeres y sus prácticas, y reconocer su especificidad en tanto que grupo social.

Más tarde, la crítica posestructuralista a las categorías fundantes de la modernidad llevó a convocar opiniones en torno al rechazo de la cuantificación, por entenderla quizás demasiado apegada a las clasificaciones convencionales de lo social, entre las cuales hombre-mujer aparece como la más «natural» de las divisiones naturalistas de lo real (cf. Bourdieu, 1995). En la medida que las operaciones de medición se llevan a cabo sobre objetos preconstruidos que segmentan lo real a partir de una teoría social, antes de contar a las mujeres había que interrogarse sobre todas las asunciones que se agazapaban detrás de la construcción de «las mujeres» como grupo social, y más aún, de «la mujer» como categoría universal. De esta manera, toda cuantificación apresurada se tornó sospechada de una lectura sexista de lo real, una inscripción ilegítima de las diferencias legítimas. Había entonces que concentrarse en la deconstrucción de las categorías sobre las que la ciencia positivista edificaba sus mediciones.

En el marco de esta búsqueda por despegarse de los modos tradicionales (dominantemente masculinos) de «ver» a las mujeres y de explorar la condición de lo femenino, aparece esta pregunta sobre los métodos de investigación más «apropiados para los tópicos feministas» y «consonantes con sus valores y propósitos» (McDowell, 1992a: 405). En este apartado nos centraremos en uno de los caminos que ha tomado esta pregunta por el método y que a la luz de la literatura reciente aparece como central: el debate investigación cualitativa vs. investigación cuantitativa en la geografía feminista.

Las posiciones, tal y como se explicitan en el debate metodológico, podrían simplificarse en dos grandes posiciones:

- a) quienes afirman que los métodos cualitativos son más apropiados para abordar los problemas de investigación de la geografía feminista, variando enormemente los argumentos con los que se apoya esta convicción;

- b) quienes sostienen que los estudios feministas o de género admiten la utilización de ambos grupos de métodos y técnicas de investigación. Aquí también los argumentos con los que se defiende esta postura permitirán más tarde identificar posiciones diversas.

Victoria Lawson ha señalado que «la tendencia a reforzar el dualismo cualitativo/cuantitativo» en la investigación feminista resulta «irónica, porque los estudios feministas han criticado y desechado muchos otros dualismos para exponer el proceso de alteridad que refuerza las relaciones de poder entre academia y sociedad, hombres y mujeres, hechos y opinión, etc.» (Lawson, 1995: 451). Aún cuando comparto este desconcierto, sospecho que esta paradoja es sólo aparente. Porque en la medida que se asuma que no existe un feminismo sino muchos, y que distintos feminismos pueden entrar en conflicto porque representan intereses y perspectivas diversas, la contradicción se vuelve polémica, y se torna visible que las estrategias teórico-metodológicas no sólo remiten a aficiones intelectuales, sino que se articulan con los compromisos que las inspiran. Y aquí creo radica el principal equívoco de este debate, o planteado de otra forma, el verdadero eje del debate.

Mi impresión es que detrás de la pregunta sobre el método, diversas ecuaciones entre epistemología y política están midiendo sus fuerzas para terciar en un debate subterráneo, en el cual se está disputando una nueva versión de las identidades de género en relación con una nueva tipificación de los grupos sexuales. Este debate aparece no tanto en las posiciones que se asumen en torno al debate cualitativo/cuantitativo, sino en los diversos argumentos que se ofrecen para sostener la propia postura dentro de ese debate. De esta forma, el esquema más superficial de posturas cualitativistas o cualicuantitativistas, se resignifica cuando se esquematizan las posiciones que emergen al argumentar la propia postura en el debate metodológico.

La afirmación de que la investigación feminista debe realizarse casi exclusivamente a partir de métodos cualitativos, se ha venido sosteniendo desde posiciones que voy a tipificar como *esencialistas* y *subalternistas*.

Las posiciones *esencialistas* tienden a asumir una identificación «natural» (desde el punto de vista ontológico o epistemológico) entre los atributos de la investigación cualitativa y los atributos de la femineidad. Aquí suelen ubicarse quienes argumentan la necesidad de recurrir a métodos cualitativos en razón de una correspondencia entre lo femenino de los métodos y lo femenino de las mujeres: «las mujeres han sido típicamente educadoras y cuidadoras entrenadas en el arte de escuchar y autorizadas en el saber sobre el otro [...] han estado más atadas al cuidado material de los cuerpos humanos, especialmente los de sus esposos y niños...» (Nast, 1994: 55). Aún cuando se fundamente en razones culturales y no biológicas esta natural inclinación de las mujeres a las características adjudicadas a los métodos cualitativos (subjetividad, emotividad, horizontalidad), se postula que «la conectividad social de las mujeres con los otros involucrada en sus prácticas cotidianas, ha promovido formas de conocimiento o epistemologías que son diferentes de las de los hom-

bres» (Nast, 1994: 54-55; un comentario de estas posturas en McDowell, 1992a: 411). En la misma línea se ubican quienes se apoyan en el concepto de reflexividad en la investigación para postular que, en la investigación feminista, toda mujer es, por definición, una *insider* al campo (Billson, 1991). En el plano de las teorías sustantivas, este feminismo esencialista se manifiesta en las versiones que Cecile Jackson encuentra en el ecofeminismo, corriente donde se asume acríticamente un vínculo universal de la mujer con la Naturaleza (Jackson, 1993); y también en las representaciones ahistóricas de la «sensibilidad» de las mujeres que se derivan de una visión idealizada de la maternidad y la vida familiar (cf. Segal, 1987).

Muy distintas son las argumentaciones que aquí he llamado *subalternistas*. Parten de afirmar que «ciertos tipos de conocimiento han sido sojuzgados por las epistemologías derivadas de las formas masculinas de definir el conocimiento y de hacer ciencia» (Moss, 1993: 49, comentando a Lloyd, 1984), y que el objetivo primordial de toda investigación feminista debe ser el de sacar a la luz los saberes sojuzgados. Creo que éste es uno de los argumentos más seductores para sostener una preeminencia de los métodos cualitativos en la investigación feminista. Recuperando aspectos señalados por las epistemologías constructivistas y las críticas posestructuralistas a la ciencia moderna, se sostiene que los métodos cualitativos poseen la capacidad de deconstruir categorías de conocimiento que en la cuantificación aparecen ya, necesariamente, bajo la forma de tipos fijos, congelados (Lawson, 1995: 450). Atravesada por una estructura de relaciones sociales de dominación, la producción de conocimiento desde los lugares del poder conlleva intrínsecamente la desvalorización de los atributos imputados al sojuzgado, por lo que sólo haciendo participar activamente al subalterno en la producción de su propio saber —y los métodos cualitativos tendrían esta potencialidad— es posible romper con las representaciones dominantes.

El argumento es contundente, y recuerda al que inspiró en la década de 1980 las «teorías de la resistencia» (cf. Apple, 1982). Sin renegar de una visión estructural como determinante de condiciones iniciales de desigualdad y dominación, este enfoque se proponía romper el inmovilismo al que conducían las teorías de la reproducción, ubicando el punto de vista en el lugar del subalterno, para rescatar las estrategias de resistencia y cambio que se desarrollaban en contextos específicos de acción social (por ejemplo la escuela o la fábrica). Muchos postulados feministas sugieren resonancias de estas posiciones: «La liberación del conocimiento sojuzgado es un objetivo político del feminismo. Las implicaciones de este propósito contestan a los presupuestos del conocimiento científico al afirmar que el conocimiento de los grupos oprimidos emerge sólo después de una lucha» (Moss, 1993: 49). En este punto, McDowell sitúa la diferencia entre la reflexión sobre la cuestión de género que establece la antropología posmoderna, respecto de la que efectúa el feminismo (McDowell, 1992b).

Sin embargo, creo que de ciertas perspectivas feministas han derivado tres consecuencias sumamente discutibles de estos principios: a) que existiría «un»

punto de vista (sojuzgado) que es el de «las mujeres»; *b*) que la iluminación y potenciación de este (único y homogéneo) punto de vista, es la tarea de un feminismo excluyentemente practicado por mujeres, en tanto *insiders* naturales del grupo social de las mujeres, y *c*) que las técnicas cualitativas permiten que estos saberes y perspectivas emerjan de una manera «pura», no contaminada por visiones masculinizadas de las experiencias de las mujeres.

Ésta es la perspectiva que a mi entender subyace en gran parte de quienes defienden la teoría del «punto de vista feminista» (*feminist standpoint*), así como quienes proponen al feminismo como un «conocimiento mujer-centrado» (o «centrado en la mujer»: *woman-centered knowledge*) (Moss, 1993; Dyck, 1993). Dyck identifica el propósito de «crear resultados con conciencia de género» (*gender-aware accounts*) y «considerar la constitución de identidades de género» con el objetivo de generar un conocimiento mujer-centrado (Dyck, 1993: 56). En un sentido similar, Monk y Hanson han señalado que «estudiar a las mujeres como agentes o actrices que buscan conocerse a sí mismas, que conciben estrategias y toman decisiones [...] contribuye a mejorar el estatus de las mujeres. El hecho de estar situadas en el eje de la investigación fortalece el desarrollo del sentido de identidad, de la propia estimación, así como la capacidad para provocar cambios sociales» (Monk y Hanson, 1989: 35).

Varios son los supuestos que emparentan, quizás indeseadamente, a estas postulaciones con los argumentos que hemos denominado *esencialistas*. En primer lugar, salta a la vista la identificación correspondentista entre género (femenino) y sexualidad (mujer), que de hecho supone algún tipo de identidad femenina intrínseca a la experiencia de «ser mujer». Adhiero completamente a la crítica que al respecto ha desarrollado Liz Bondi, cuando destaca que «la preocupación sobre qué hacen las mujeres realmente tiende a implicar que las experiencias de las mujeres proveen la fuente de las verdaderas representaciones de la feminidad, de alguna manera inadulteradas por las visiones masculinas». Sin embargo, «ninguna versión de la feminidad existe fuera del discurso patriarcal», que es el que ha construido una representación esencialista de lo femenino que se revelaría a la experiencia de toda mujer (Bondi, 1992: 162).

En segundo lugar, el objetivo de crear una «conciencia» e «identidad» de género entre las mujeres, más allá de toda otra dimensión identitaria que también puede ser analizada desde el sojuzgamiento de grupos sociales y la discriminación de las diferencias (clase, raza, etnia, etc.) aparece aquí completamente desplazada. Cabría interrogarse entonces hasta qué punto esta lectura «mujer-centrada» de la problemática de género en los abordajes de la geografía feminista, no deriva de la situación particular de las mujeres «privilegiadas de la sociedad occidental», hecho que para hacer justicia ha sido sugerido por algunas de estas mismas geógrafas feministas (Dyck, 1993).

Resulta significativo que las principales críticas al feminismo *mujer-centrado* provengan de «mujeres de color» y «no occidentales» (cf. Gilbert, 1994: 92-93, y Ramazanoglu, citado en Dyck, 1993). Probablemente, sólo desde una posición dominante en términos de clase y raza estas mujeres feministas pueden no ver —no experimentar— las formas de opresión que ciertas muje-

res comparten con ciertos hombres cuando ambos se ubican en otra posición social. Es cierto que en casi todas las sociedades actuales las relaciones sociales están cruzadas por relaciones de poder entre sexos, y que la dirección es casi siempre hombre-mujer. Pero no sé si es lícito desprender de ello que la tarea primordial de los estudios de género sea observar las situaciones de dominación hombre-mujer al interior de un grupo social étnicamente y económicamente homogéneo, en lugar de analizar la forma como las relaciones de poder se resignifican al verse cruzadas por identidades de género y relaciones asimétricas entre grupos sexuados. Probablemente, la dominación de los hombres sobre las mujeres puede emerger con características de «identidad de grupo» cuando es ésta la diferencia fundamental que marca las relaciones entre personas que ocupan una misma posición social; recíprocamente, cuando hombres y mujeres comparten una misma situación de opresión por razones de etnia o de clase, las relaciones entre sexos y entre personas del mismo sexo se ven complejizadas por las marcas de otras diferencias y discriminaciones.

Más allá de estas consideraciones, estoy convencida que incluso en situaciones de alta opresión social las diferencias de sexos y las culturas de género son imprescindibles para abordar cualquier trama de relaciones sociales. El desplazamiento que cuestiono se produce cuando se elude considerar las identidades de género como una construcción cultural histórica y localmente específica, y cuando se suponen correspondencias lineales entre identidades de género y grupos sexuados. En otras palabras, aparece cuando se olvida interrogar, no sólo las categorías de mujer y femenino que hemos heredado de la ciencia moderna, sino también las representaciones —a veces universalistas y etnocéntricas— que el feminismo académico anglosajón está construyendo sobre estas mismas categorías.

He tratado de mostrar hasta aquí que la prescripción de que la investigación feminista debe desarrollarse a partir de métodos cualitativos, puede fundarse en argumentos de tipo esencialista o subalternista; y que en el segundo caso puede o bien interpretarse la subalternidad esencializada en el «ser mujer» sin importar la trama de relaciones sociales, o bien recurrir a las herramientas del feminismo para abordar situaciones de subalternidad de hombres y mujeres. Todo esto hace que se estén proponiendo formas de conocimiento muy diferentes según se argumente en favor de los métodos cualitativos desde una u otra postura; y que incluso así, en el análisis de cada planteo individual pueden leerse adhesiones —voluntarias o involuntarias— a posiciones que, a mi entender, nos hablan de un debate pendiente entre feminismos diversos, que plantean diversas posiciones políticas y epistemológicas sobre las relaciones entre género y sexualidad.

Muchos autores y autoras están planteando críticas a esa sujeción normativa a los métodos cualitativos que algunos estudios feministas parecen proponer. Aquí también cabe diferenciar desde dónde se contesta el vuelco hacia las técnicas cualitativas impulsado por la crítica al positivismo. Porque no dicen lo mismo quienes proponen una utilización indistinta de ambos métodos eludiendo el debate epistemológico y político que proponen los/las cualitativis-

tas, que quienes, asumiendo las críticas realizadas al positivismo desde la primera postura, proponen una reapropiación de la estadística para los estudios de género y feministas.

Entre los primeros encontramos un ejemplo en Karsten y Meertens (1992), quienes proponen una combinación entre ambos métodos por entender que los estudios feministas requieren «un equilibrio», que recurra al «método “blando”, cualitativo y subjetivo» para «indagar en la experiencia e interpretación femenina de los procesos de cambio social», «sin descuidar el cálculo cuantitativo que nos indique la magnitud de los fenómenos estudiados» (p. 190). Con este razonamiento se colabora enormemente a fijar un falso dualismo (que ratifica un modo de pensamiento que se ha tildado de «moderno y masculino», Lawson, 1995: 451), por el cual se reniega de lo subjetivo en las técnicas cuantitativas y de las «políticas de cuantificación» en las cualitativas (Mattingly y Falconer-Al-Hindi, 1995: 432).

Distinta es la postura de quienes, atendiendo a estas críticas, se proponen un doble desafío: por un lado, desmontar la marca de femenino que acarrea todavía la aproximación cualitativa; por otro lado, birlarle al positivismo su monopolio del uso legítimo del número, permitiéndose reflexionar y debatir en torno a otras alternativas de medición y de control de las técnicas involucradas en el procesamiento estadístico. A diferencia de las respuestas más tradicionalistas al feminismo «cualitativista», este grupo comparte las críticas al positivismo de la ciencia moderna y asume las advertencias posestructuralistas: «al contar uno debe categorizar, y en la categorización uno debe congelar en el momento» (Mattingly y Falconer-Al-Hindi, 1995: 432). Pero discute con el cualitativismo acerca de las imágenes equívocas que se agazapan detrás de la resistencia a la cuantificación, señalando básicamente las asociaciones entre cualitativo-femenino y cuantitativo-masculino: «la especificidad histórica del lazo entre métodos cuantitativos y ciencia masculinista no ha sido suficientemente interrogada», y muy poca discusión se ha dado sobre la idea de que «esta duplicidad sea *históricamente producida* y *no necesariamente inevitable*». Por otro lado, «existe una larga tradición de análisis cualitativos en geografía que encierran abordajes masculinistas de la producción de conocimiento» (Lawson, 1995: 450-451).

Estas posturas proponen recuperar la contundencia del dato estadístico «descriptivo», «no inferencial» (Mattingly y Falconer-Al-Hindi, 1995: 432), ponderar «los grandes trazos de la diferencia, para proveer las bases de una práctica política informada» «identificando personas y lugares para realizar estudios en profundidad» (McLafferty, 1995: 437). En la convicción de que «la estructuración y creación de relaciones de género plantea muchos interrogantes, algunos de los cuales pueden ser mejor respondidos usando técnicas cuantitativas» (Staeheli y Lawson, 1994: 97), destacan «el poder político de las representaciones estadísticas de la opresión y el rol de la cuantificación en la revelación de los modos como operan las relaciones de poder» (Lawson, 1995: 450). En este sentido, «las feministas también pueden contar desde *algún lugar*» (Lawson, 1995: 452).

En el medio se ubican quienes recurren a la diferencia entre método y técnicas para superar el dualismo en el que estaba cayendo el feminismo mujer-centrado: Isabel Dyck se ha visto en la necesidad de aclarar que «métodos tales como la observación participante, las entrevistas, las historias de vida, [...] no son necesariamente feministas o no feministas; lo que hace que una investigación sea feminista es la visión del mundo o la orientación teórica que guía el marco conceptual de la investigación, sus preguntas [...]» (Dyck, 1993: 53). Y Pamela Moss, introduciendo un número de la revista *The Canadian Geographer* destinado a la discusión de «el feminismo como método», ha explicitado su posición de que, aún aceptando la existencia de un «método de investigación feminista», «las técnicas de investigación [...] pueden incluir una combinación de métodos cuantitativos y cualitativos» (Moss, 1993: 49).

Este acuerdo reciente en moderar un discurso feminista demasiado radicalizado hacia lo cualitativo no debe desplazar la atención de lo que el debate metodológico ha sacado a la luz: la diversidad de asunciones sobre las categorías de femenino y mujer, género y sexo, que las diferentes perspectivas de género proponen al terciar en la cuestión metodológica. En el siguiente apartado voy a realizar una segunda lectura del debate sobre el método en la geografía feminista.

Releyendo el debate metodológico en la geografía feminista

Sin duda, la identificación entre feminismo y cualitativismo tiene su origen en el cuestionamiento que el feminismo —y, en general, las teorías posestructuralistas— realizaron a los cánones de cientificidad consagrados por la ciencia moderna (cf. McDowell, 1992b; también Fox Keller, 1994)¹. Lo que no queda claro es hasta qué punto el razonamiento inverso es igualmente válido; en otras palabras, si la mejor respuesta a este modelo de ciencia predominantemente masculina es un proyecto de ciencia «femenina» que, como reflejo, reniege de toda posibilidad de cuantificar.

Aquí parece cargarse con un plus de significado de género a los propios debates sobre género. Porque aún cuando se reivindique al feminismo como aquel movimiento intelectual que socavó las bases de la representación dualista de la persona humana sobre la base de las categorías universales de Hombre y Mujer, estos dualismos reaparecen en el modo como se piensa la tarea de trazar los caminos para la reescritura de las categorías sociales en el mundo contemporáneo.

Me gustaría entonces proponer a la discusión un elemento más para interpretar el modo como se han venido constituyendo estos debates metodológicos, que se agregue a la interpretación de las posiciones epistemológicas y políticas revisadas. En el intento de ciertas geógrafas feministas por apropiar-

1. «El feminismo desafía las epistemologías tradicionales de formas válidas de conocimiento [...] redefine quién puede ser conocedor y qué puede ser conocido» (Moss, 1993: 49).

se de los métodos cualitativos y distinguirse a través de ellos, podría leerse un modo de buscar una marca de identidad para las propias geógrafas feministas, donde creo se realiza un cuestionable desplazamiento del problema de la legitimación de la diferencia de géneros y sexos, al problema de la legitimación del lugar de las mujeres y del feminismo dentro del campo profesional de la geografía. Creo que el afán por sustentar la existencia de «métodos y metodologías feministas de investigación» puede leerse también desde estas coordenadas corporativas (Moss, 1993: 49). En la práctica, esta reivindicación se traduce en la fórmula «la investigación feminista debería ser por, para y sobre las mujeres» (Gilbert, 1994: 90).

El resultado de este desplazamiento es la imagen que a mi entender ofrece la cara más visible de la geografía feminista en este momento para quienes se acercan al tópico sin una historia de militancia en el movimiento feminista: una disputa por una definición normativa de la feminidad legítima, que interesa sobre todo a las mujeres feministas. Esto también se expresa en los poquísimos hombres que intervienen en el debate feminista. ¿Cómo leer esta ausencia? A excepción de Linda McDowell, que la señala sin ofrecer interpretaciones², muy pocas mujeres parecen interrogarse sobre esta indiferencia. Sin embargo, cabe preguntarse sobre la eficacia de un saber que no pueda plantear a los hombres preguntas que socaven la imagen de autosuficiencia de sus representaciones «humanistas» masculinizadas, que no alcance a movilizarlos en sus experiencias personales de las marcas de género y relaciones entre sexos.

Presiento que el rasgo que parece estar dominando al campo de la geografía feminista es el olvido teórico del Otro. Aún cuando, en términos abstractos, la visibilidad de lo diferente aparece como uno de los mandatos fundantes del feminismo como perspectiva teórica, la interpretación que se viene haciendo de este mandato parece volcarse a la producción de un saber de minorías, a pesar de que las mujeres no son una minoría ni un grupo social indiferenciado.

Me parece observar una negación a asumir lo masculino y el discurso sobre las prácticas y problemáticas de los hombres como propias de una geografía atenta a la perspectiva de género. Existen sin duda algunos trabajos que postulan la necesidad de considerar «los espacios masculinos, el concepto de masculinidad (y no sólo el de feminidad) y sus consecuencias en el entorno» (Bowlby y McDowell, 1987, citado en García Ramón, 1989: 38). Estos trabajos representan todavía una minoría dentro del campo de estudios de género en geo-

2. En una nota al pie, Linda McDowell expresa así su desconcierto frente a la identificación involuntaria en su propio discurso entre «mujeres» y «género»: «la asociación insatisfactoria de género con las contribuciones de las mujeres [se refiere a una coletánea sobre métodos cualitativos en geografía editada por J. Eyles], mientras que los hombres escapan como “ingenierados” no debe haberse escapado al lector. Esto constituye una práctica demasiado común, relegando toda la discusión de género y de los “temas de las mujeres” al gueto de los abordajes feministas en geografía. No es mi intención continuar esta asociación, pero hasta el momento, desafortunadamente, tienden a ser las estudiosas femeninas en la disciplina quienes se muestran más atentas a las cuestiones que plantea la corporización del investigador» (McDowell, 1992a: 414, nota 3).

grafía, campo ampliamente dominado por las perspectivas feministas *stand-point* y *woman-centered*.

Esta tendencia podría conducir a que las divisiones temáticas de campos de investigaciones respondan no ya a problemas conceptuales, sino a problemas políticos de construcción de legitimidad para cada «minoría»: de ahí que ante la colonización del campo de estudios de género por el feminismo mujer-centrado, se empuje a la construcción de una geografía gay y lesbiana —como si los problemas teóricos fueran diferentes por ser diferentes los grupos sociales construidos en torno a una diferente identidad política y sexual—, y por qué no, de una geografía masculinista. En este planteo se confunden los objetos teóricos con las poblaciones afectadas o identificadas con los problemas que los estudios de género exploran.

Querría subrayar la observación de Françoise Collin en el sentido de que «aún un pensamiento que se desembaraza de la inscripción biologicomorfológica de los sexos para no pensar ya lo femenino y lo masculino sino como categorías, independientes de su inscripción empírica (los hombres, las mujeres), continúa sufriendo la contaminación de ese dualismo que es preciso esforzarse por borrar» (Collins, 1992: 7). Porque permite tanto que lo femenino se superponga con las mujeres, como que la indiferenciación de los referentes empíricos de lo femenino y masculino permita evitar la consideración problemática de las relaciones entre hombres y mujeres (y sin duda, con ello, el olvido de las mujeres). Porque la actitud que «tiende a hacer de la diferencia de los sexos una diferencia indiferente, elude no sólo a la figura de la dominación, es decir, la figura política que la atraviesa, sino también toda dimensión trágica de la relación sexuada» (Collins, 1992: 7-8).

La relación sexuada posee siempre una dimensión trágica. Aquí tenemos una de las pistas que llevan a cuestionar posturas feministas que planteen la construcción de una epistemología y una metodología feministas en términos de armas para la lucha política (Moss, 1993: 49). Porque la analogía de la lucha de sexos con la lucha de clases muestra una fisura importante: olvida que, a diferencia de la primera, la dominación no es la única relación significativa entre los sexos: eliminadas las desigualdades entre los sexos y las discriminaciones por identidades de género, las *diferencias* seguirán siendo significativas en las relaciones sociales, y seguirán planteando interrogantes a la investigación.

Por esta razón, una perspectiva de género que aspira a la construcción de una epistemología y una metodología no puede suponer estos instrumentos como lucha contra un Otro, sino como resignificación de la relación con el Otro, como desconstrucción de las identidades, y como desdualización de las viejas categorías de sexo y género, así como ruptura con una interpretación correspondentista de sus relaciones.

El planteamiento de este ensayo no se orienta, como podría sugerir una lectura superficial del último apartado, a un reclamo similar al que inspiró a la geografía feminista pero en sentido inverso. Esto invitaría a olvidar que las relaciones de dominación entre sexos estuvieron sesgadas en una dirección unilateral. Al mismo tiempo, la colocación de las mujeres en condiciones de igual-

dad social frente al sexismo hegemónico sigue representando, sin duda, un desafío pendiente en la sociedad contemporánea, que reclama estrategias de lucha política e intelectual que atiendan a las diferencias culturales y locales que tiñen las prácticas concretas de discriminación sexual. Pero la lucha por la igualdad de los sexos no es igual a la lucha entre los sexos, lo que coloca al feminismo frente a un conjunto de tensiones identitarias que fuerzan a reencontrar al Otro en cada movimiento de diferenciación y emancipación. Collins ofrece una salida para encarar estas tensiones: «la cuestión de la diferencia de los sexos o del diferendo entre los sexos resiste a todo tratamiento teórico. Es del orden de la praxis. Hombre, mujer, no dependen de lo sustantificable, de lo definible del enunciado. [...] Hay diferencia, pero los diferentes no son esencializables». Las dos afirmaciones, «mujer no existe», o «mujer es esto», son similarmente especulativas y similarmente inquisitorias. «La diferencia es teóricamente indecidible pero se decide y se redecide en toda relación» (Collins, 1992: 13-14).

Si hay algo que las perspectivas feministas introdujeron definitivamente en el debate académico, es la legitimación de la diferencia como punto de partida para reconocer la posibilidad de aceptar que se producen saberes diferentes desde distintos lugares. «El desafío al que nos enfrentamos como investigadoras/es feministas —resumen Staeheli y Lawson (1994)— es incorporar la diferencia y reconocer la parcialidad y la situacionalidad de nuestros conocimientos en formas que no eludan las implicaciones políticas de estas posiciones» (p. 99). Sin embargo, el horizonte abierto por este desafío parece chocar contra una muralla que el propio discurso *mujer-centrado* del feminismo blanco anglosajón ha levantado. Por eso, mientras la geografía de género no asuma como parte de su proyecto teórico la tarea de construir un nuevo discurso sobre la sociedad —y no un nuevo discurso sobre la mujer—, seguirá autorregándose equívocamente a un saber sólo significativo para mujeres feministas en posiciones dominantes de clase, raza o etnia.

Conclusión

La problematización de los conceptos de sexo y género como categorías sustantivamente diferentes no compete únicamente a los juegos del lenguaje académico, sino también a las herramientas con las que cuentan sujetos situados en relaciones sociales específicas de sometimiento y discriminación. Sólo a partir de una diferenciación teórica de lo que involucran ambas categorías se torna visible el hecho de que las desigualdades sociales en razón del sexo, se ven cruzadas transversalmente por las diferencias simbólicas inscriptas por las marcas de género. Y que a partir de éstas últimas se valoriza, jerarquiza, segrega y domina no sólo en dirección hombres-mujeres, sino también en dirección hombres-hombres, mujeres-hombres y mujeres-mujeres.

El dilema entre métodos cualitativos y métodos cuantitativos dentro del campo de la geografía feminista y de género está desplazando la atención que, a mi entender, debería dirigirse hacia un debate todavía poco encarado fron-

talmente: aquél que debe discutir entre distintas concepciones de feminismo, y particularmente en el desafío del feminismo a ampliar sus horizontes epistemológicos y políticos para intervenir en la reformulación de las relaciones entre los sexos y de las categorías culturales de la feminidad y la masculinidad.

Lo dicho tal vez nos lleve hacia la conclusión inevitable de que geografía de género y geografía feminista no puedan seguir siendo sinónimos, no sólo desde el punto de vista de sus connotaciones conceptuales, sino sobre todo en atención a los horizontes epistemológicos y teórico-metodológicos que ambos enfoques admiten. No sólo porque parecen implicar objetos intelectuales distintos, sino también porque, en razón de lo expuesto, me inclino a afirmar que las geografías feministas constituyen *una* de las perspectivas que la geografía de género admite como proyecto intelectual socialmente comprometido. Por eso, quizás entre las categorías que valga la pena empezar a deconstruir desde la geografía de género, haya que ubicar también la de «geografía feminista».

Bibliografía

- APPLE, Michael (1982). *Educación y Poder*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- BILLSON, J.M. (1991). «The progressive verification method: Toward a feminist methodology for studying women cross-culturally». *Women's Studies International Forum*, 14, p. 201-215.
- BONDI, Liz (1992). «Gender symbols and urban landscapes». *Progress in Human Geography*, 16 (2), p. 157-170.
- BOURDIEU, Pierre (1995). «Pensar en términos relacionales». En BOURDIEU, P.; WACQUANT, L.J.D. (eds.). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- BOWLBY, Sophie; MCDOWELL, Linda (1988). «The Feminist Challenge to Feminist Geography». En PACIONE, M. (ed.). *Social Geography: Progress and Prospect*. Londres: Croom Helm, p. 295-323.
- COLLINS, F. (1992). «Praxis de la différence. Notes sur le tragique du sujet». *Les Cahiers du Grif*, 46, p. 125-141 (traducción castellana: *Mora*, 1; agosto de 1995, p. 2-17).
- DYCK, Isabel (1993). «Ethnography: a feminist method?». *The Canadian Geographer*, 37 (1), p. 52-57.
- FOX KELLER, E. (1994). «La paradoja de la subjetividad científica». En SCHNITMAN, D.F. (ed.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós, p. 143-173.
- GARCIA RAMON, María Dolores (1989). «Para no excluir a la mitad del género humano: un desafío pendiente en geografía humana». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 9, p. 27-48.
- GILBERT, M. (1994). «The politics of location: Doing feminist research at "home"». *The Professional Geographer*, 46 (1), p. 90-96.
- HARDING, S. (1987). «Conclusion: epistemological questions». En *Feminism and Methodology: Social Science Issues*. Bloomington: Indiana University Press.
- JACKSON, C. (1993). «Environmentalism and gender interests in the Third World». *Development and Change*, 24, p. 649-667.
- KARSTEN, Lia; MEERTENS, D. (1992). «La geografía del género: sobre visibilidad, identidad y relaciones de poder». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 19-20, p. 181-193.
- KOBAYASHI, Andrew (1992). «Coloring the field: Gender, "race", and the politics of field work». *The Professional Geographer*, 46, p. 73-80.

- LAWSON, V. (1995). «The politics of difference: Examining the quantitative/qualitative dualism in post-structuralist feminist research». *The Professional Geographer*, 47 (4), p. 449-457.
- LOYD, G. (1984). *The man of reason*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- MACKENZIE, Susan (1989). «Restructuring the relations of work and life: women as environmental actors, feminism as geographic analysis». En KOBAYASHI, Andrew; MACKENZIE, Susan (eds.). *Remaking Human Geography*. Boston: Unwin Hyman, p. 40-61.
- MATTINGLY, D.; FALCONER-AL-HINDI, K. (1995). «Should women count? A context for the debate». *The Professional Geographer*, 4 (4), p. 427-435.
- MCDOWELL, Linda (1992a). «Doing gender: Feminism, feminists, and research methods in human geography». *Transactions. Institute of British Geographers*, 17, p. 339-416.
- (1992b). «Multiple voices: Speaking from inside and outside “the project”». *Antipode*, 24, p. 56-72.
- MCLAFFERTY, S.L. (1995). «Counting for Women». *The Professional Geographer*, 47 (4), p. 436-442.
- MONK, Janice; HANSON, Susan (1982). «On not excluding half of the human geography». *The Professional Geographer*, 32, p. 11-23.
- (1989). «Temas de geografía feminista contemporánea». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 14, p. 19-30.
- MOSS, P. (1993). «Focus: Feminist as method». *The Canadian Geographer*, 37 (1).
- NAST, H.J. (1994). «Opening remarks on “Women in the Field”». *The Professional Geographer*, 46 (1), p. 54-66.
- ROSE, Damaris (1993). «On feminism, method and methods in human geography: an idiosyncratic overview». *The Canadian Geographer*, 37 (1), p. 57-61.
- SANDERS, R. (1990). «Integrating race and ethnicity in geographic gender studies». *The Professional Geographer*, 42, p. 228-231.
- SEGAL, L. (1987). *Is the future female? Troubled thoughts on contemporary feminism*. Londres: Virago.
- STAEHELI, L.A.; LAWSON, V.A. (1994). «A discussion of “Women in the Field”: the politics of feminist fieldwork». *The Professional Geographer*, 46 (1), p. 96-102.
- VAIOU, Dina (1992). «Hogar y lugar de trabajo: la experiencia de las mujeres en el desarrollo urbano de Atenas». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 19-20, p. 123-140.
- WGS (1997). *Feminist Geography. Explorations in Diversity and Difference*. Londres: Longman.